

Violencia, heroísmo y cultura juvenil entre los comunistas uruguayos de los sesenta

Vania Markarian (Universidad de la República)

Trabajo en curso; por favor no citar ni reproducir sin permiso de la autora.
--

Este artículo se inscribe en un proyecto colectivo sobre violencia política en los años sesenta en Uruguay.¹ Fue entonces que una generación de jóvenes latinoamericanos se inició a la vida política desde una visión heroica de la militancia que convivió, muchas veces de forma conflictiva, con la difusión de una serie de nuevas pautas culturales proveniente de sus coetáneos de Europa y Estados Unidos. El efecto de esas ideas y prácticas de circulación global sobre el significado de “ser joven” sobre la conformación de identidades políticas a nivel local, especialmente entre las fuerzas de izquierda, es el centro de mi trabajo actual. Me interesa especialmente analizar las vinculaciones que se establecieron entre algunas representaciones de la juventud y los requerimientos de la lucha revolucionaria. Es claro que la asociación entre militancia de izquierda y violencia política no fue una novedad de los sesenta ni se restringió entonces a los grupos de jóvenes. Sin embargo, hubo en esa época un auge mundial de las discusiones sobre lo que entonces se llamaba “las vías de la revolución”, especialmente sobre la importancia y necesidad de la lucha armada, al tiempo que se discutía la importancia específica de las nuevas generaciones en esos procesos.

Las páginas que siguen ensayan algunas líneas de análisis enfocándose en los espacios juveniles vinculados al Partido Comunista Uruguayo (PCU). El examen resulta especialmente interesante porque, siendo el sector más importante de la izquierda local en términos cuantitativos, tanto en lo electoral como en la participación política y sindical, este partido mantuvo una relación ambigua con la violencia política que lo diferenció tanto de lo que se ha dado en llamar “nueva izquierda”, es decir los grupos que preconizaron o practicaron la lucha armada, como de otros partidos comunistas del continente, que la rechazaron de plano. La intención es, entonces, examinar las intervenciones de los jóvenes comunistas uruguayos en esos debates y ver hasta qué punto estuvieron influidos por las pautas generacionales que iban ganando a sus pares en el mundo entero.

¹ Proyecto financiado por el Fondo Clemente Estable de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación, Ministerio de Educación y Cultura, Uruguay; equipo integrado por Gabriel Bucheli, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Felipe Monestier y Jaime Yaffé.

Creación y expansión de una organización de masas

A partir de la segunda mitad de los años cincuenta, al salir de una grave crisis interna, el PCU había priorizado las tareas de reclutamiento y construcción de una gran organización de masas que fuera al mismo tiempo la “vanguardia revolucionaria” del pueblo uruguayo. Para esto, había legitimado su adhesión a la participación electoral y la militancia política legal en una esmerada relectura de la historia y las tradiciones nacionales, al tiempo que mantenía una posición abierta hacia diferentes manifestaciones de la cultura de masas. La creación de un sector juvenil con autonomía organizativa fue parte de ese proceso. En setiembre de 1955, en el congreso que consolidó la nueva orientación del partido, su Secretario General, Rodney Arismendi, definió a la recién fundada Unión de Juventudes Comunistas (UJC):

... organización de vanguardia de la joven generación, que se inspira en los principios del marxismo-leninismo, y procura educar a la juventud en el espíritu de la lucha de clases y del internacionalismo proletario, en el ejemplo de la Unión Soviética y demás países del campo democrático. La Juventud Comunista es una organización sin partido, cuyos métodos y características son peculiares y cuya amplitud debe ser muy grande. Las formas más diversas de la actividad juvenil (la cultura, el deporte, las atracciones propias de los jóvenes, etc.) integran el conjunto de las labores de las Juventudes Comunistas.²

Como señala Gerardo Leibner, se trataba de una ambiciosa definición en total consonancia con los objetivos planteados por la nueva dirección partidaria: actuar de acuerdo a la ideología de una “vanguardia revolucionaria” y al mismo tiempo llegar a los sectores más amplios de la población.³ En el caso de la UJC, se sumaba el desafío de incorporar los intereses y atender las características de las nuevas generaciones que ya en la segunda mitad de los cincuenta empezaban a adoptar las pautas culturales juveniles que se difundían en el mundo. Bajo la conducción de su primer Secretario, Samuel Wainstein, y vigilados de cerca por los dirigentes del partido, los jóvenes comunistas de esta época actuaron con la expresa instrucción de evitar las actitudes sectarias que habían caracterizado el período anterior e integrarse a las actividades de su entorno social más inmediato. En el caso de los “círculos” estudiantiles, esto implicaba combatir ciertas prácticas previas y participar de la actividad gremial en cada lugar. En

² Informe de Rodney Arismendi al XVI Congreso del PCU, citado en Gerardo Leibner, “Afíliate y baila” (inédito 2006).

³ Ver G Leibner, “Afíliate y baila” y “Perspectivas revolucionarias y los desafíos desde la izquierda” (inéditos 2006).

el ámbito barrial u obrero, en cambio, no era necesario rectificar ninguna posición porque no se contaba con demasiada experiencia.

Según el mismo análisis de Leibner, el nuevo encare no dio grandes frutos entre los obreros, que no tenían tradición de organizarse por edades, pero fue exitoso entre los estudiantes.⁴ A este nivel, el crecimiento de la UJC coincidió con la expansión de la matrícula de la educación secundaria en base al acceso de miles de adolescentes provenientes de los sectores populares.⁵ Esa fue la cantera donde la UJC reclutó a cientos de adeptos mediante una efectiva estrategia centrada en temas relevantes para amplios sectores juveniles ya fuera por su importancia inmediata, como el reclamo de boleto estudiantil barato, o por su importancia política, como la solidaridad con la reciente Revolución Cubana.⁶

Hacia principios de los años sesenta, entonces, la organización juvenil comunista tenía ya una presencia importante en los centros de educación secundaria y en la Universidad (predominando en los gremios estudiantiles), así como en varios barrios de Montevideo. Sucesivos congresos del PCU y la UJC ratificaron la decisión de dirigirse a los diferentes estratos juveniles mediante actividades amplias y diversificadas. El desafío principal de esta etapa, cada vez más acuciante a medida que avanzaba la década, estuvo planteado por el surgimiento de varios grupos y tendencias políticas que disputaban “desde la izquierda” con la estrategia y el poder de convencimiento de los comunistas.⁷ La acción de la UJC fue fundamental en ese sentido, planteándose como una alternativa de militancia para los sectores juveniles radicalizados y cumpliendo la línea del partido de fortalecerse como una organización de masas. En una entrevista de 1970, el dirigente José Pedro (Pepe) Massera hacía frente al reto planteado por la irrupción de los grupos armados y de acción directa en la escena nacional, reafirmando la orientación definida cuando la fundación de la organización en 1955:

¿Teníamos otros caminos? Sí. Podíamos habernos transformado en un grupo heroico pero pequeño, reducido, tratando de conmovier a nuestra juventud por el uso de la sensación política. Hubiéramos dado seguramente lo máximo que se puede dar por esa ruta pero no existiría lo que hoy existe. Se sobreentiende que en estas palabras no hay nada de jactancia. ... La UJC vino a este mundo como auxiliar del partido del proletariado.⁸

⁴ Ver G. Leibner, “Afiliate y baila” (inédito 2006).

⁵ El alumnado de los liceos se duplicó entre 1950 y 1960 y siguió creciendo posteriormente. Ver Germán Rama, *Grupos sociales y enseñanza secundaria* (Montevideo: Arca, 1963).

⁶ Ver G. Leibner, “Afiliate y baila” (inédito 2006).

⁷ Ver G. Leibner, “Perspectivas revolucionarias y los desafíos desde la izquierda” (inédito 2006).

⁸ “Imposible poner de rodillas a una juventud indómita: Conversando con Pepe Massera”, *UJOTACE*, 22 de agosto de 1970, 9.

Esta resolución, tomada ciertamente a mediados de los años cincuenta por la renovada dirigencia partidaria, se mantuvo en los lustros siguientes, cuando la opción de la lucha armada se presentó con más urgencia en la izquierda uruguaya y latinoamericana bajo el influjo de la experiencia cubana. La discusión involucró tanto a quienes asumieron efectivamente ese camino como a quienes examinaron el asunto en términos teóricos o en relación a la situación internacional, como en el caso de la escisión de la UJC en torno a la polémica entre China y la Unión Soviética, que derivó en la fundación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria en 1963.⁹ En ese caso, el PCU se alineó con la postura soviética de “coexistencia pacífica” entre países capitalistas y socialistas y desestimó cualquier otra alternativa. En relación a la vía armada en el contexto nacional, la posición de los comunistas uruguayos fue más complicada al tomar en cuenta la irrupción pública del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) hacia 1967 y tratar de conciliar la tesis de la “coexistencia pacífica”, las concepciones leninistas del cambio social y su entusiasmo por Cuba. Aunque el PCU no se oponía dogmáticamente a la violencia (como otros partidos comunistas del continente), criticaba a los Tupamaros por poner en peligro “el verdadero desenlace revolucionario” en Uruguay al provocar una “guerra civil” que las fuerzas represivas estaban destinadas a ganar.¹⁰ Desde esa perspectiva, la creación de la coalición de izquierda Frente Amplio en 1971 fue una apuesta a transitar el “camino menos doloroso al socialismo”, materializando la alianza del proletariado con las capas medias que consideraban central para cumplir con la primera etapa, “agraria antiimperialista”, de la revolución uruguaya.¹¹

En cada una de esas instancias, la UJC participó como “auxiliar del partido del proletariado”, en palabras de Pepe Massera, tratando simultáneamente de actuar como una organización de “vanguardia revolucionaria” y de incrementar su influencia en los más diversos sectores de la población juvenil. La apertura de los comunistas uruguayos hacia las diferentes manifestaciones de la cultura de masas se fue extendiendo entonces hacia las novedades culturales de las nuevas generaciones, tal como lo expresaron las dos secciones que El Popular, diario oficial del partido, dedicaba a temas juveniles entre fines de los sesenta y principios de los

⁹ Por un análisis detenido de este tema, ver G. Leibner, “Perspectivas revolucionarias y los desafíos desde la izquierda” (inédito 2006).

¹⁰ Ver por ejemplo el documento de Arismendi al congreso del partido en diciembre de 1970, en R. Arismendi, Uruguay y América Latina en los años 70 (México: Ediciones de Cultura Popular, 1979), 22-33.

¹¹ Ver por ejemplo José Luis Massera, “A manera de presentación”, en R. Arismendi, Insurgencia Juvenil: ¿Revolución o revolución? (Montevideo: EPU, 1972), 37-43.

setenta: UJOTACÉ, el suplemento de la UJC, y La Morsa, una página que ya desde el obvio homenaje a los Beatles mostraba su afinidad con la música joven del momento. Esto reflejaba tanto la decisión de atraer nuevos adherentes con actividades menos politizadas como el efectivo crecimiento de la organización que debía ahora albergar a jóvenes con diferentes grados de compromiso y dedicación.

Efectivamente, la UJC buscaba atraer a todos los que estuvieran dispuestos a afiliarse, con la idea de que la formación y el entrenamiento se producirían adentro de la organización.¹² Así lo muestra la publicación de una entrevista a Alicia, una estudiante de 17 años que se afilió en 1969: “Yo marxista-leninista filosóficamente no soy, yo creo en Dios, pero no veo una contradicción: Cristo fue el primer comunista.”¹³ El éxito de esta estrategia –que dio lugar a que miembros de otros grupos de izquierda ironizaran sobre la consigna “Afiliate y lucha” cambiándola por “Afiliate y baila”– puede medirse en números a lo largo de la década. Según cifras oficiales, entre 1965 y 1969 la UJC se multiplicó por cuatro, con 6.000 nuevos afiliados en 1968 y 8.000 en 1969. Las campañas de afiliación se siguieron proponiendo metas ambiciosas y en 1971 se superó nuevamente la cifra planeada con 8.250 nuevos miembros.¹⁴

Un heroísmo cotidiano

No se trata, de modo alguno, de sugerir que el atractivo de la UJC para estos grandes sectores juveniles radicaba solamente en la relativa despolitización de sus espacios de sociabilidad o en su apertura hacia algunos productos culturales masivos. Pretendo, por el contrario, empezar a desbrozar los aspectos distintivos de la épica militante que los comunistas uruguayos construyeron frente a la imagen heroica del compromiso revolucionario que ofrecían los grupos más radicales.

Se extendió por entonces un discurso que unía la celebración de la insurgencia anclada en la tradición latinoamericana de las luchas por la independencia y las guerras civiles del siglo diecinueve con otra típica explicación de la militancia de izquierda: la rabia natural de la

¹² Ver informe de León Lev a la Convención de la UJC en mayo de 1971: “Por una UJC de masas, organizada y combativa”, UJOTACE, 5 de junio de 1971, 3. Ver también Alberto Altesor, ¿Cuáles son las tareas de los secretarios de organización? (Montevideo: Ediciones de la Convención Nacional de Organización del PC, 1967).

¹³ “Alicia, 17 años”, UJOTACE, 15 agosto de 1970, 3.

¹⁴ Ver “6000 nuevos afiliados durante 1969!!”, UJOTACE, 13 de diciembre de 1969, 3; “607.000 jóvenes uruguayos de 15 a 29 años”, UJOTACE, 15 de agosto de 1970, 8; “Los convencionales”, UJOTACE, 29 de mayo de 1971, 3; y “Los nuevos afiliados”, UJOTACE, 2 de diciembre de 1971, 7.

juventud ante la injusticia y su papel en el cambio social.¹⁵ Esta incitación enaltecía la dimensión física de los jóvenes, la exhibición del cuerpo en acción, la fuerza y energía que comúnmente se asociaban a esa etapa del ciclo vital, así como a sus características psicológicas de valentía, entrega y desinterés por las consecuencias materiales de sus actos. Este discurso era claramente funcional a los grupos más radicales porque justificaba, arraigando en el pasado y proyectando al futuro, el llamado a ejercer la violencia política.

Frente a eso, lo primero que hicieron los comunistas, a tono con su perspectiva general del tema generacional, fue relativizar el componente etario frecuentemente asociado a esas representaciones y romper las cadenas de sentidos que desde allí se construían para asignar a los jóvenes una distintiva voluntad de entrega y un fuerte espíritu de aventura. La figura de Ernesto Che Guevara fue paradigmática a ese respecto y los matices con que los diferentes grupos de izquierda lo adoptaron como emblema de la causa revolucionaria permiten mostrar las diferencias que existían en sus formas de entender la militancia en esos años.

Los ejemplos abundan pero basta referir a la respuesta suscitada por un editorial del semanario Marcha en 1968 donde Carlos Quijano citaba al entonces influyente filósofo alemán radicado en Estados Unidos, Herbert Marcuse, para decir que los movimientos estudiantiles del mundo estaban integrados por jóvenes “desesperados” ante las escasas oportunidades económicas, sociales y culturales que se les ofrecían en sus respectivos países. También sostenía que estos movimientos no miraban a Moscú, sino a China y a Cuba: “Marx, pero ante todo Mao. Y también Fidel y el Che, cuya muerte heroica le otorga un resplandor sin par.” Unos pocos números después, un “Joven Comunista” envió una carta al semanario en la que, además de rechazar la incidencia del líder chino y reivindicar el ejemplo soviético, se inspiraba en el Che para contradecir a Quijano: “Somos revolucionarios, no desesperados.”¹⁶ Aunque Quijano de modo alguno reducía esos movimientos a una simple manifestación etaria, sino que sumaba esa explicación como una dimensión más del análisis, el “Joven Comunista” se preocupaba especialmente por rechazar tajantemente la “concepción generacional”:

... ¿tenemos los jóvenes un mensaje particular? Contesto a la inversa de MARCHA que no. ¿No tener un mensaje particular como generación es no tener un mensaje? También contesto que no. Tenemos ... un mensaje universal y de pueblos. No tenemos “que oponer un mensaje a otro”, “al de la generación anterior”. ... En esta época ..., la del

¹⁵ Ver V. Markarian, Idos y recién llegados, capítulo 1.

¹⁶ Joven Comunista, “La imagen de los revolucionarios”, Marcha, 7 de junio de 1968, 2-3, y Carlos Quijano, “La imagen de los desesperados”, Marcha, 10 de mayo de 1968, 5.

proletariado, no es posible la subsistencia del “mensaje generacional”. Se dirá: qué afirmación poco “joven”. Al contrario: generacionarnos es castrarnos nuestra calidad para con fuerza juvenil llegar a la esencia del drama. ... el problema de la juventud no es si se siente representada y con capacidad creativa en su generación, sino ... en el conjunto del movimiento. Esto a la inversa, más allá de generaciones, es lo que define a un movimiento joven, y uno de los factores que define a un movimiento revolucionario. Valga si es necesario la afirmación de Arismendi ... “somos revolucionarios y no pensamos ... quedar para semilla”. Más allá de la magnitud personal o de un grupo de dirigentes, es la definición de todo un partido. Eso no es de desesperados ¡y ésa también era la guía que aprendimos del Che! ¡Viviente o asesinado!¹⁷

Además de la ya reiterada negación del conflicto generacional, estas palabras apuntaban a enfatizar la voluntad de entrega de los comunistas mediante una particular lectura de las enseñanzas del Che.¹⁸ Esto implicaba atacar su presentación como inspirado “por los relámpagos alternados de furia épica y desesperación”, en palabras de Carlos María Gutiérrez, otro colaborador de Marcha y claro exponente de la “nueva izquierda” que disputaba la concepción de los comunistas sobre las vías de la revolución en América Latina.¹⁹ No era una tarea fácil, dadas la personalidad y posturas del personaje en cuestión, y muchas veces los comunistas terminaron recurriendo a otras figuras para priorizar las tareas de construcción partidaria. En ese sentido, Arismendi solía presentar a Georgi Dimitrov, dirigente comunista búlgaro perseguido por los nazis, como un ejemplo de compromiso revolucionario: “¡Era un revolucionario profesional! ¡Era un hombre del Partido!”²⁰ Se acentuaba así la convicción ideológica y la disciplina partidaria en lugar del coraje y la temeridad que solían atribuirse al Che Guevara y extenderse como principales atributos de un buen militante.

De este modo, la contraposición ideológica y política que se daba a la interna de la izquierda revolucionaria entre los comunistas y los grupos partidarios de métodos más confrontacionales descansaba en lo que Marisa Silva llama “dos místicas de la izquierda”. Frente a quienes veneraban “la aureola de la opción de la lucha armada como camino de entrega total”, los comunistas proponían una “épica de la entrega diaria y sacrificada de la militancia legal”.²¹ Esta afirmación es básicamente cierta: los discursos y escritos de la dirigencia partidaria reforzaban siempre las más rutinarias tareas de organización, educación y finanzas como

¹⁷ Joven Comunista, “La imagen de los revolucionarios”, Marcha, 7 de junio de 1968, 2-3.

¹⁸ Ver también el reportaje a Walter Sanseviero, “Los jóvenes y la conferencia de la OLAS”, Marcha, 8 de setiembre de 1967, 19.

¹⁹ Carlos María Gutiérrez, “Las tareas del Che”, Marcha, 11 de octubre de 1968, 24.

²⁰ Discurso del 23 de junio de 1972, en R. Arismendi, Uruguay y América Latina en los años 70, 87.

²¹ Marisa Silva, “Prácticas, símbolos y representaciones de los comunistas uruguayos” (inédito 2006).

centrales para el futuro revolucionario de Uruguay y el mundo. Existía, otra vez en palabras de Silva, una “concepción productivista” que determinaba la planificación y evaluación del trabajo para luego destacar el logro de metas como una suerte de heroísmo cotidiano.²² Así, por ejemplo, se subrayaba que los jóvenes comunistas de tal liceo habían pintado tantos miles de carteles, mientras los de este barrio habían cumplido con los objetivos en materia financiera antes que los de aquél. Mediante estas “emulaciones” o competencias se asignaban menciones honoríficas como “brigada de acero” o “círculo de acero”.²³

León Lev, responsable de las tareas de organización de la UJC, solía enfatizar estos aspectos, centrales en un momento de gran crecimiento cuantitativo:

La alegría revolucionaria y el incentivo de esta tarea de organizadores la debemos encontrar en saber que es la base imprescindible para forjar una organización auténticamente revolucionaria. ... Porque el verdadero héroe de este siglo es el comunista. Es el que además de cumplir con todas esas condiciones, saber ir decidido a cumplir la más riesgosa y responsable de las tareas. Para los jóvenes comunistas no debe haber arma más importante que la organización.²⁴

De este modo, Lev precisaba la particular concepción del heroísmo que se proponía desde la UJC. Un héroe no era sólo aquél que se arriesgaba para realizar alguna hazaña, sino el que estaba dispuesto a sumarse al trabajo colectivo y anónimo de una campaña de finanzas, por ejemplo:

Algunos pueden preguntarse ¿Qué tienen que ver las finanzas con la revolución? ¡Militancia revolucionaria es la pegatina, la “relámpago” [demostración callejera repentina y fugaz para tomar por sorpresa a las fuerzas represivas], la acción heroica! Pero las finanzas... ¡por favor! Así pueden pensar algunos. Quienes son capaces de realizar las acciones más abnegadas y arriesgadas sin protestar, al contrario, con la mayor alegría y sin que se los pida, deben demostrar también su abnegación y entrega a la causa de la juventud comunista haciendo su aporte financiero que debe ser como un aspecto más e importante de la lucha.²⁵

Opciones por la violencia

Las citas de la sección anterior ilustran diáfanoamente la referida caracterización de Silva sobre la “mística” de la vida partidaria comunista. Sin embargo, es posible mostrar más

²² M. Silva, “El Partido comunista Uruguayo: Algunos elementos sobre su vida interna” (inédito 2006).

²³ Ver por ejemplo “La juventud por dentro”, UJOTACE, 22 de agosto de 1970, 2-3, “Primera etapa de la emulación”, UJOTACE, 16 de mayo de 1970, 3, y “Hacia el 7 Congreso: Seccional Líber Arce”, UJOTACE, 8 de noviembre de 1969, 8.

²⁴ “Combatir organizadamente: Consolidar y crecer en medio de la lucha juvenil”, UJOTACE, 4 de abril de 1970, 4-5; y “Tarea de revolucionarios: Cumplir el plan”, UJOTACE, 4 de julio de 1970, 5.

²⁵ “Así también se hace el camino”, UJOTACE, 31 de octubre de 1970, 10.

complejidades en los discursos y las prácticas de los cuadros militantes respecto al lugar de la violencia en su compromiso revolucionario. Según Gerardo Leibner, el golpe de Estado de 1964 en Brasil (y no la experiencia cubana) marcó un punto de inflexión en las posiciones a este respecto. Los máximos dirigentes empezaron a pensar entonces en la creación de un aparato armado, clandestino incluso frente a la mayoría de los miembros del partido.²⁶

Los documentos públicos siguieron insistiendo en el “camino menos doloroso al socialismo” de acuerdo con las “tradiciones democráticas del pueblo uruguayo”. A nivel del movimiento comunista internacional, Arismendi debió conciliar su apoyo a la Revolución Cubana con su oposición a definiciones generales por la vía armada como la tomada por la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad en La Habana en 1967 en franca discrepancia con la estrategia de la mayoría de los partidos comunistas del continente. Frente a las repetidas acusaciones de “reformismo” por parte de muchos de sus compañeros de izquierda, los comunistas explicaban las “etapas obligatorias” de la revolución según su interpretación del marxismo-leninismo y citaban un conocido discurso del Che Guevara en la Universidad de la República en agosto de 1961 en el que había aconsejado a los admiradores uruguayos de la Revolución Cubana que preservaran la democracia en su país y evitaran cualquier recurso “innecesario” a la lucha armada.²⁷

Esta argumentación se mantuvo a lo largo de la década y hasta el mismo golpe de Estado de 1973, pero desde mediados de los sesenta comenzaron a aparecer señales de que algunos comunistas estaban dispuestos a “pasar rápidamente de una a otra forma de lucha”, también en palabras de Arismendi.²⁸ Los rumores de posibles golpes, primero, la exacerbación de las medidas represivas, luego de la asunción del presidente Jorge Pacheco Areco en 1968, y la posibilidad de que se desconociera el resultado de las elecciones nacionales de 1971 fueron algunos de los argumentos para estos preparativos que aún permanecen rodeados de silencio. Con posterioridad, se ha sugerido que la creación de un aparato armado no implicaba el propósito de pasar a la acción sino que trataba de impedir que los jóvenes radicalizados se unieran al MLN-T. Esta manera de pensar las incursiones del PCU y la UJC en la violencia

²⁶ Ver G. Leibner, “Perspectivas revolucionarias y los desafíos desde la izquierda” (inédito 2006).

²⁷ Ver R. Arismendi, Uruguay y América Latina en los años 70 (México: Ediciones de Cultura Popular, 1979), 17-30. Por la referencia de Guevara, ver Ernesto Guevara, “No hay revolución sin sacrificio”, Cuadernos de Marcha 7 (noviembre de 1967), 49-57.

²⁸ R. Arismendi, “Anotaciones acerca de la táctica del movimiento obrero y popular”, Estudios 30 (julio-agosto de 1964), 7.

política como gestos o maniobras al interior de la izquierda nacional, latinoamericana y aun mundial se ha extendido a otros episodios como el apoyo a la misión del Che Guevara en Bolivia a pesar de las fuertes discrepancias que se tenía con el proyecto.²⁹

Es claro que todas las decisiones y opiniones de los comunistas sobre estos temas se enmarcaban en los debates internos de la izquierda sobre las mentadas “vías de la revolución” y el lugar de la violencia en la promoción del cambio social. En la segunda mitad de los sesenta en Uruguay, estas discusiones se hicieron mucho más concretas con la irrupción de la guerrilla y las acciones de otros grupos armados y de acción directa. Leibner ubica por ese entonces una efectiva labor de preparación de los militantes comunistas para ejercer algunas formas de “violencia revolucionaria” diferentes del “internacionalismo proletario” y de las usuales tareas de “autodefensa” de ciertos miembros del partido. Este autor sugiere que se aprovechó la creciente radicalización social y política para fogear a los jóvenes comunistas en la calle mediante acciones contra blancos simbólicos como la embajada de Estados Unidos y la ubicación de militantes en la primera fila de los enfrentamientos estudiantiles con la policía, por citar dos ejemplos claros.³⁰ De hecho, era frecuente que dirigentes del partido refutaran las acusaciones de “timidez” y “blandura” que venían de otras tiendas de izquierda señalando que los tres primeros estudiantes asesinados en concentraciones callejeras en 1968 pertenecían a la UJC. También se ha señalado que los comunistas participaron en algunas de esas manifestaciones como forma de mantener su influencia en el conjunto del estudiantado, a pesar de haber votado en contra en las asambleas gremiales.³¹ En este sentido, resultan interesantes las explicaciones atribuidas a Arismendi por un diplomático estadounidense establecido en Moscú:

... con fuertes reparos el PC [Partido Comunista] mandó a sus jóvenes cuadros a las barricadas de la Universidad de Montevideo en 1968, aunque el partido sabía que la táctica era errada. Esto fue necesario, argumenta Arismendi, para demostrar a los estudiantes que los comunistas no se achican frente a una pelea. La acción también sirvió para “neutralizar” a los “izquierdistas” que tratan de liderar el movimiento de masas, de

²⁹ Ver Jaime Pérez, El ocaso y la esperanza: Memorias políticas de medio siglo (Montevideo: Fin de Siglo, 1996), 27-8 y 32-5. Por el testimonio reciente de un ex integrante de base de ese aparato armado, ver la entrevista realizada por Gabriel Bucheli y Jaime Yaffé a Ricardo Calzada en Cuadernos de la Historia Reciente, 1968-1985 2 (2007), 65-78. Por más sobre este tema, ver Clara Aldrighi, La izquierda armada: Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros (Montevideo: Trilce, 2001), 93-4; y Hugo Cores, El 68 uruguayo: Los antecedentes, los hechos, los debates (Montevideo: EBO, 1997), 44-6. Por la misión del Che Guevara en Bolivia, ver R. Arismendi, Uruguay y América Latina en los años 70, 134-42.

³⁰ Ver G. Leibner, “Perspectivas revolucionarias y los desafíos desde la izquierda” (inédito 2006).

³¹ Ver “1968: La pasión por el poder (4)”, Brecha, 21 de agosto de 1998, 8.

acuerdo a Arismendi. Pero el costo fue grande: 3 estudiantes comunistas asesinados y 27 heridos.³²

Me gustaría proponer otra posible explicación de la presencia combativa de los jóvenes comunistas en los enfrentamientos de 1968 para ubicarla en el marco del proceso general de radicalización de muchos de sus coetáneos. Para eso, hace falta describir brevemente las acciones de ese año. En mayo, los alumnos de secundaria comenzaron a reclamar la rebaja del precio del boleto y protagonizaron algunos episodios de violencia como apedreamientos de ómnibus y barricadas que no eran del todo ajenos a las movilizaciones estudiantiles de épocas anteriores. Posteriormente se plegaron los universitarios en demanda del pago de la deuda que el Poder Ejecutivo mantenía con su institución. Las manifestaciones se fueron volviendo más belicosas con quemas de neumáticos y el uso de bombas de fabricación casera. Ante cada una de esas protestas, la policía desplegó inusitados niveles de represión que dejaron decenas de heridos y presos, especialmente a partir de julio, mientras el gobierno respondía con medidas sistemáticamente autoritarias. En ese clima, los gremios estudiantiles, abandonaron el componente reivindicativo de las primeras manifestaciones y se abocaron a denunciar la represión y exigir un conjunto de cambios sociales radicales, siempre en coordinación con el movimiento sindical. Para ese entonces, los muertos ya eran tres y los heridos sobrepasaban largamente el centenar. Los niveles de movilización decayeron hacia finales de 1968, luego de que el gobierno decretara la suspensión de las clases, pero las protestas continuaron en los años siguientes.³³

La extensión de las prácticas violentas y la proliferación de instancias de enfrentamiento con la policía dieron carnadura a las discusiones de la izquierda sobre las “vías de la revolución” a nivel nacional y tuvieron consecuencias concretas sobre los aspectos organizativos de las fuerzas sociales y políticas. Emergieron entonces nuevas opciones para los más comprometidos con las tácticas confrontacionales como el Frente Estudiantil Revolucionario (FER) y Resistencia Obrero Estudiantil (ROE). A su vez, numerosos jóvenes recién iniciados en la militancia

³² U.S., Department of State, “Amembassy Moscow to State Department”, 15 de junio de 1970, National Archives and Records Administration, College Park, MD.

³³ Por más información sobre el movimiento estudiantil de 1968 ver Jorge Landinelli, 1968: La revuelta estudiantil (Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias-Ediciones de la Banda Oriental, 1989), Gonzalo Varela, El movimiento estudiantil de 1968: El IAVA, una recapitulación personal (Montevideo: Trilce, 2002), Carlos Bañales y Enrique Jara, La rebelión estudiantil (Montevideo: Arca, 1968), y Vania Markarian, María Eugenia Jung e Isabel Wschebor, 1968: La insurgencia estudiantil (Montevideo: Archivo General de la Universidad de la República, 2008).

estudiantil terminaron incorporándose a la guerrilla, especialmente al MLN-T que, sin prestarles demasiada atención hasta octubre, creció sustancialmente en esos sectores en los últimos meses de 1968 a partir de un aparato organizativo mínimo.³⁴ Una descripción más densa de todos esos sucesos permitiría terminar de enfatizar que el proceso de radicalización juvenil en las movilizaciones de ese año fue la condición del crecimiento exponencial de las opciones armadas y de acción directa, y no su consecuencia.³⁵

¿Qué pasó con la UJC en ese contexto? Tanto en la Coordinadora de Estudiantes de Secundaria del Uruguay (CESU) como en la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) los comunistas perdieron hacia mediados de 1968 su predominancia en la dirección de las protestas frente a la suma del resto de las agrupaciones unidas ahora por su adhesión explícita a las formas de lucha ejercidas por los estudiantes organizados.³⁶ Esto indicaría que se estaba pagando el precio de oponerse a las tácticas más confrontacionales y tratar de frenar algunos aspectos de las acciones estudiantiles. Pero la UJC siguió creciendo en esos sectores, especialmente en medio de las jornadas más violentas de 1968. De hecho, al menos uno de los tres jóvenes asesinados por la policía en esos días se había afiliado sólo un mes antes en reacción a la muerte de su compañero Líber Arce.³⁷ Su acercamiento a la UJC fue una continuación de su reciente experiencia como militante estudiantil. Pierde fuerza así la idea de que la combatividad de los jóvenes comunistas derivó de una decisión política tomada por la dirección del PCU y la UJC para dirimir la interna de la izquierda. Parecería más acertado decir que la línea partidaria acusó el influjo de las inquietudes y expectativas de los miembros más recientes que venían fogueándose en las luchas callejeras, las mismas que llevaron a muchos de sus coetáneos a incursionar en otras formas de compromiso político más abiertamente confrontacional. Quizás el resto de la explicación de la “paradoja” de que los tres muertos fueran miembros de una organización que rechazaba la confrontación puede buscarse en su superioridad numérica en esas manifestaciones. Pero la mayor parte de esos jóvenes estaban en la calle antes de afiliarse a la UJC.

³⁴ Por las relaciones entre todos estos grupos y las movilizaciones estudiantiles, ver Eduardo Rey Tristán, A la vuelta de la esquina: La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973 (Montevideo: Fin de Siglo, 2006), 381-404.

³⁵ Ver Ibíd., 382. Donatella Della Porta ha descrito relaciones similares entre movimientos sociales y grupos armados en Social Movements, Political Violence, and the State: A Comparative Analysis of Italy and Germany (New York: Cambridge University Press, 1995).

³⁶ Por CESU, ver J. Landinelli, 1968, 31-2; por FEUU, ver V. Markarian, M. E. Jung e I. Wschebor, 1968, 102.

³⁷ Ver discurso de R. Arimendi en El Popular, 3 de octubre de 1969.

Sufrir, morir y hasta tomar un fusil

A partir de esas jornadas de 1968 comenzó a tomar forma una concepción más clara del heroísmo revolucionario entre los jóvenes comunistas uruguayos. Esta versión heroica de la militancia compartía con otros en la izquierda una prevención contra la búsqueda individualista y la experimentación personal reiterando que la auténtica liberación sólo podría ser colectiva. Esto refiere, como se ha repetido en varios estudios sobre los años sesenta en América Latina, a la fuerza de lo público como configurador de las experiencias vitales de los militantes. Es reveladora esta entrevista de setiembre de 1972 a Nibia Sabalsagaray, joven comunista de 23 años, que fue muerta dos años más tarde en una sesión de tortura en una dependencia militar de Montevideo:

¿Tu mayor aspiración?

Como comunista, ... seguir luchando para poder llegar a un mundo nuevo en el que no exista injusticia ni desigualdades, en el que no haya hambre ni guerras, poder construir... construir...

¿Y en plano personal?

No sé, nunca me lo planteé...³⁸

Desde esas opciones, que alimentaban el sentimiento de distinción con respecto al resto de la sociedad, se exaltaba la idea del sacrificio personal por la causa común incluyendo la muerte y otras situaciones de intenso sufrimiento físico. A partir de 1968, mientras el clima de confrontación política empeoraba, el encarcelamiento de militantes de volvía un hecho cada vez más frecuente y la tortura se transformaba en una rutina para las fuerzas represivas, muchos grupos y partidos insistieron en la importancia de estar preparado para esas experiencias. Esto ya era claro en el caso de los Tupamaros y otros grupos armados que se consideraban combatientes y se declaraban dispuestos a morir por sus convicciones.³⁹ También los comunistas enfatizaron por ese entonces la necesidad de asumir ciertos riesgos. En palabras de un miembro de la UJC de 28 años que había estado preso durante más de dos meses en 1969:

Desde el momento que nos iniciamos en la lucha, el encarcelamiento no es un hecho no previsible; con esto no quiero justificar ni ver como algo normal que nuestro pueblo viva este clima de intranquilidad, donde la injusticia y la arbitrariedad están a la orden del día.

³⁸ “Poder llegar a un mundo nuevo”, *Magazine*, 10 de setiembre de 1972, 10.

³⁹ Ver C. Aldrighi, *La izquierda armada*, 131-2, y entrevista con Julio Marenales en *ibid.*, 234. Ver testimonio en Alfonso Lessa, *La revolución imposible: Los Tupamaros y el fracaso de la vía armada en el Uruguay del siglo XX* (Montevideo: Fin de Siglo, 2003), 210; y María E. Gilio, “Entrevista a un tupamaro”, *Marcha*, 9 de mayo de 1969, 12-3. Ver también, V. Markarian, *Idos y recién llegados*, capítulo 1.

Creo sí que para mí, así como para la mayoría de los que han pasado por las cárceles, ha sido esto una gran experiencia donde el espíritu se temple y el heroísmo desplegado por varios pueblos pasa a ser en esos momentos una clara luz y ejemplo para confiar en el triunfo final. Se piensa en los bolcheviques de Lenin cuando en medio de la represión se preparaba el 17 de octubre de 1917, se piensa en [el comunista checoslovaco encarcelado por los nazis] Julius Fucik, en [el poeta español confinado en las prisiones del régimen franquista] Marcos Ana, en el Che, en nuestros mártires, como innumerables ejemplos que nadie podrá borrar de nuestra mente que nos señalan el camino a seguir.⁴⁰

Entrevistas de este tenor eran relativamente frecuentes en las páginas de UJOTACE y otros espacios de expresión de la Juventud Comunista mostrando al resto de los afiliados lo que podía ocurrirles y lo que se esperaba de ellos. Datos recogidos a mediados de 1971 evidenciaron que la prisión era ya una experiencia bastante usual entre los jóvenes miembros de la UJC: de los 922 participantes en la Convención Nacional, 372, es decir el 40%, habían estado presos; 135 más de una vez.⁴¹ Aunque también se buscaba denunciar la brutalidad represiva del gobierno, en general el énfasis estaba puesto en la idea del sacrificio por la causa revolucionaria, planteo que se fortalecía con periódicos homenajes a “la memoria de nuestros mártires presentes en la lucha y la vida de la Juventud Comunista”, en referencia a los estudiantes asesinados en 1968.⁴²

Luego de que las fuerzas represivas mataran a ocho trabajadores comunistas en abril de 1972 en el marco de la ofensiva final contra el MLN-T, los dirigentes del partido reafirmaron ese componente de la militancia, aunque siguieron rechazando la lucha armada. Al rendir homenaje a los ocho asesinados, Arismendi sostuvo que “si detrás de las ideas no se pone la propia vida y la capacidad para el martirio, de nada valen.”⁴³ A su vez, el senador comunista Enrique Rodríguez explicó a la Asamblea General que estos trabajadores no se habían defendido del ataque en cumplimiento con las directivas del partido.⁴⁴ El compromiso y la disciplina siempre habían sido elementos esenciales de la militancia comunista, pero luego de abril de 1972 hubo un cambio en el tipo de comportamiento que se esperaba, con repetidas alusiones a la necesidad de resistir la tortura.⁴⁵ Ese año, el PCU publicó dos libros con testimonios de militantes comunistas que habían soportado esas experiencias: uno en manos de los franceses en Argelia y el otro en

⁴⁰ “Dos opiniones jóvenes”, UJOTACE, 15 de noviembre de 1969, 10.

⁴¹ Ver “Los convencionales”, UJOTACE, 29 de mayo de 1971, 3.

⁴² “Hacia el 7º congreso”, UJOTACE, 1 de noviembre de 1969, 8.

⁴³ Discurso del 22 de abril de 1972, en R. Arismendi, Uruguay y América Latina en los años 70, 73.

⁴⁴ Ver palabras de Enrique Rodríguez en Wilson Ferreira Aldunate, Estadista y parlamentario, 3 vols. (Montevideo: Cámara de Senadores, 1993-5), 2:466-70.

⁴⁵ Ver por ejemplo la carta de Arismendi a Sócrates Martínez de setiembre de 1973, publicada en R. Arismendi, Uruguay y América Latina en los años 70, 229.

manos de los nazis en Checoslovaquia. En sus prólogos a esos testimonios, conocidos dirigentes del PCU presentaron a Henri Alleg y Julius Fucik como modelos para los uruguayos.⁴⁶ También el suplemento UJOTACE se refería con frecuencia a estos temas, recomendando esas y otras lecturas para templar el espíritu revolucionario.⁴⁷ Todos estos ejemplos ponían el énfasis en la convicción ideológica y la disciplina de partido en lugar de acentuar el coraje y el espíritu de aventura como las principales herramientas para resistir la adversidad.

En general, esta versión del heroísmo exigía de los militantes la voluntad de resistir experiencias extremas como la tortura y la muerte, pero no solía demandar abiertamente la disposición a “empuñar un fusil” por la causa revolucionaria. Sin embargo, es posible detectar este requerimiento, o al menos una atracción por esta posibilidad, en una serie de expresiones culturales y artísticas relacionadas con los comunistas uruguayos, especialmente con sus sectores juveniles. Muchas veces, estas expresiones contradijeron los esfuerzos por disputar ciertas interpretaciones de la figura del Che Guevara, antes citadas, y construyeron una épica de la lucha armada cercana a la de quienes efectivamente se embarcaron en proyectos guerrilleros. Así, por ejemplo, los dos suplementos juveniles de El Popular reprodujeron en 1971 el siguiente tema de El Grupo, que no sólo se presentaba como ejemplo de “canción verdaderamente revolucionaria” en el terreno de la música joven, sino que se había cantado en el cierre del XX Congreso del PCU:

Tú debes hallarte dispuesto
a tomar un fusil
cuando la patria te llame
allí debes ir
en la primera línea nos debemos de
encontrar al fin
gritando a coro
que habrá que vencer o morir.⁴⁸

Otro ejemplo interesante en ese sentido fue la participación del grupo de danza dirigido por la joven coreógrafa Mary Minneti en una actividad organizada por el Movimiento de Trabajadores de la Cultura del Frente Izquierda de Liberación (FIDEL), integrado por los

⁴⁶ Ver Niko Schvarz, “Un testimonio”, en Henri Alleg, La tortura (Montevideo: Joven Guardia, 1972) y Horacio Bazzano, “Introducción”, en Julius Fucik, Reportaje al pie del patíbulo (Montevideo: Joven Guardia, 1972).

⁴⁷ Ver por ejemplo “Dos opiniones jóvenes”, UJOTACE, 15 de noviembre de 1969, 10, “Crónicas de una humanidad combatiente”, UJOTACE, 17 de enero de 1970, 10, y “Libros: Así se templó el acero, un imprescindible”, UJOTACE, 5 de diciembre de 1970, 7.

⁴⁸ Ver “Una definición: El grupo y sus canciones”, UJOTACE, 6 de marzo de 1971, 8, y “El grupo: La protesta llega al beat”, Magazine, 23 de mayo de 1971, 2-3.

comunistas y sus aliados, bajo el título de “La noche de Vietnam”. Las fotografías que documentan el espectáculo provienen del archivo de El Popular de 1968.⁴⁹ Muestran a varios jóvenes bailarines vestidos con camisas de lona, pantalones de jean y cinturones de cuero. La ropa no permite distinguir a los hombres de las mujeres, pero los peinados y maquillajes enfatizan las diferencias de género a la moda de la época: cejas delineadas para ellas y largas patillas para ellos. Los atuendos “unisex”, como se comenzó a decir entonces, y los detalles del arreglo personal expresaban claramente la asunción de las marcas de una identidad generacional que se extendía por el mundo, al tiempo que aludían vagamente a la indumentaria de algunos movimientos guerrilleros del Tercer Mundo.⁵⁰ Los fotogramas sugieren una coreografía de movimientos adustos y enérgicos, culminando en una pose guerrera, rodillas en el piso, puños derechos en alto, que evoca imágenes de propaganda soviética. El título de la obra, Ballet Guerrillero, no deja dudas sobre la intención de representar de forma estilizada el recurso a la violencia revolucionaria.

Este tipo de referencias más o menos directas a la lucha armada en manifestaciones artísticas era frecuente en la época. Basta recordar algunas letras del cantautor Daniel Viglietti, quizás un paradigma de esta posición entre los músicos.⁵¹ A los efectos del presente análisis, resulta interesante la aparición de estas invocaciones en espacios vinculados a los comunistas y, más específicamente, en productos culturales marcados por las nuevas pautas juveniles. Al mismo tiempo, algunos de esos productos culturales solían retomar una estética y a veces un discurso emparentado con los movimientos pacifistas de Estados Unidos, sus símbolos y sus manifestaciones artísticas. Esto era frecuente en La Morsa, la página de música juvenil de El Popular, pero también en UJOTACE, el suplemento oficial de la UJC.⁵² En general se solía asumir una posición defensiva para presentar a estas expresiones como “auténticas” en su contexto de producción y representativas de las inquietudes grandes sectores de la juventud en

⁴⁹ Ver los fotogramas 0022-01_08-01FPEP y 0022-01_08-02FPEP, Fondo Privado El Popular, Centro Municipal de Fotografía, Montevideo.

⁵⁰ La relación entre definiciones de género y violencia política requiere aún mucho más análisis, en contrapunto con las ideas expuestas por Victoria Langland acerca del contenido sexual que se asignaba a la militancia de las mujeres, especialmente las jóvenes, en los años sesenta en Brasil. Ver su artículo “Birth Control Pills and Molotov Cocktails: Reading Sex and Revolution in 1968 Brazil”, en Gilbert M. Joseph y Daniela Spenser (editores), In From the Cold: Latin America’s New Encounter with the Cold War (Durham y Londres: Duke University Press, 2008).

⁵¹ Ver por ejemplo, Canción del hombre nuevo en el LP Canciones para el hombre nuevo de 1968: “Por brazo, un fusil; / por luz, la mirada. / Y junto a la idea / una bala asomada.”

⁵² Ver por ejemplo “George Harrison”, La Morsa, 7 de junio de 1970, 8, “Joan Baez, especial La Morsa”, La Morsa, 31 de octubre de 1971, 6, y “Woodstock: Canto a la paz (con altibajos)”, UJOTACE, 17 de octubre de 1970, 10.

Europa y Estados Unidos que se oponían a la “guerra imperialista”, al tiempo que se reconocía el debilitamiento de su potencial subversivo a partir de su circulación en el mercado y su adopción acrítica en otras realidades. Aunque este punto requiere todavía más análisis, en principio cabe destacar que esta mezcla entre incitaciones a la violencia revolucionaria e imágenes pacifistas no se presentaba de forma problemática, como tampoco se oponían la intención vanguardista y la voluntad de crecimiento masivo.

Para terminar

Esas múltiples convivencias sugieren algunas conclusiones preliminares sobre la forma en que los comunistas entendían y practicaban la militancia juvenil en esta época. En líneas generales, se trataba de seducir (u ofrecer un “lugar de lucha”, en sus propias palabras) a los jóvenes que se sentían atraídos por la imagen heroica de la lucha revolucionaria encarnada por Che Guevara. A su vez, la expansión numérica y la incorporación de diferentes sectores sociales abrieron las puertas a muchos jóvenes de clase media, fundamentalmente estudiantes, que se interesaban por las novedades culturales que venían de Europa y Estados Unidos. Según datos oficiales, el 78% de los 6.000 nuevos afiliados de 1969 se definía como obreros o empleados, el 22% como estudiantes y el 18% como desocupados. Entre los militantes más comprometidos, que participaron como delegados en la Convención Nacional de 1971, el 47% se reconocía como estudiantes (27% de ellos también trabajaba), 41% como trabajadores y 12% como desocupados. El 61% tenía menos de tres años de afiliado.⁵³ Más allá de las posibles imprecisiones que pueda haber en estas cifras, es claro que se trataba de una organización diversa que trataba de integrar a la militancia a sectores cada vez más amplios y por lo tanto menos politizados de la población mientras buscaba consolidarse como “vanguardia revolucionaria”. La mayoría de sus integrantes trabajaba, pero el peso de los estudiantes entre los militantes más activos sugiere que las capas medias asalariadas y no la clase obrera en sentido estricto daban el tono al colectivo.⁵⁴

⁵³ Ver “6000 nuevos afiliados durante 1969!!”, UJOTACE, 13 de diciembre de 1969, 3; y “Los convencionales”, UJOTACE, 29 de mayo de 1971, 3.

⁵⁴ Más difícil resulta desentrañar el significado del porcentaje de desocupados. ¿Eran jóvenes de familias pobres en busca de trabajo o provenían de sectores acomodados que podían mantenerlos sin ocupación aparente? Aunque seguramente había algunos militantes a sueldo de la organización, el descenso de esta categoría entre los delegados a la Convención sugiere que no se trataba de la razón principal para tan alto número de desempleados. Tampoco parece muy probable que los cuadros se definieran de esa manera.

De este modo, la UJC habilitó formas de entender la militancia que a primera vista no tenían cabida en la línea oficial de la organización que promovía una concepción del compromiso revolucionario contraria a la idea de una aventura romántica jalonada por actos de arrojo para enaltecer las tareas cotidianas y anónimas de construcción de una organización de masas fundamentalmente proletaria. Entre los jóvenes comunistas, en cambio, se favorecía una práctica militante que abría espacios para expresiones de cuño generacional y se apelaba a la violencia política de forma estilizada, en canciones, poemas u otras expresiones artísticas de la nueva identidad juvenil. También se sugería que, llegado el momento, sería necesario asumir otras responsabilidades y riesgos. Las muertes de Líber Arce, Susana Pintos y Hugo de los Santos en 1968 hicieron palpable esta posibilidad y mostraron la presión que algunas visiones confrontacionales sobre la militancia, de gran difusión entre los jóvenes de la época, podían ejercer sobre las estrategias partidarias. A partir de ese momento, junto con la extensión de las experiencias de la prisión y la tortura, se comenzó a consolidar la visión heroica de la lucha revolucionaria entre el grueso de los jóvenes comunistas uruguayos. Esto marcó un punto de quiebre en la anterior apertura hacia ciertas formas de la cultura juvenil y muchos empezaron a percibir que la búsqueda de placer y diversión debían abandonarse en favor de un compromiso político más estricto. Pero eso es parte de otra historia.